

mente el consejo de los boyardos, conservaron el campo de actividad que tradicionalmente les estaba encomendado; la única diferencia estaba en que á la sazón se presentaban en escena nuevos personajes y en que no se admitía en las esferas gobernantes á nadie que por sus lazos de familia ó por la consideración heredada fuese suficientemente fuerte para oponerse á la dirección de Silvestre y de Adascheff. Tenemos testimonios irrefragables de que así el metropolitano Macario como los parientes del czar estuvieron en buenas relaciones con los favoritos y no les fué mal en ello, pues el metropolitano vió aumentar la importancia del clero gracias á la religiosidad de Ivan y los parientes de éste tuvieron mas garantizada por el nuevo régimen su seguridad personal.

Una vez abierto el camino, siguióse trabajando en él con gran energía. En 1550 ya estaba terminada la prometida nueva codificación del derecho vigente, que se promulgó como fruto de los esfuerzos del czar, de sus hermanos (es decir, parientes) y de los boyardos y que se diferenciaba de las tentativas anteriormente hechas en este terreno en que con él se intentó por vez primera crear un procedimiento único para toda Rusia. El nuevo código, que revelaba la gran influencia de los principios jurídicos que á pesar de todo subsistían en Nowgorod y en Pskoff, comenzaba prohibiendo á los jueces toda exacción de dinero, amenazando con castigos todas las formas de cohecho y determinando las costas judiciales. Seguían luego los preceptos relativos al desafío jurídico todavía subsistente, á la prueba de testigos, á la admisión de querrelas y al castigo de los delitos mas comunes (hurto, robo, homicidio y alta traición). Venían despues las disposiciones sobre las atribuciones de cada uno de los tribunales siguientes: el de los boyardos, el del gobernador de las ciudades, el que juzgaba á los siervos y conocía de los litigios sobre propiedad territorial, especialmente sobre bienes hereditarios, y de la situación de los labradores, y finalmente, el que resolvía los pleitos con los príncipes parciales. En todas las disposiciones de este código resplandece el deseo de hacerlas valederas para todos los súbditos, y por la clase de prohibiciones y de mandatos se ve claramente cuán graves eran los abusos que se trataba de extirpar.

El proyecto desarrollado en cien párrafos fué mas adelante sometido al exámen de una nueva asamblea de estados que se reunió en Moscou en 1551.

Esta asamblea, en la cual prevalecieron también decididamente los elementos religiosos, ostenta asimismo el carácter especial que desde 1547 inspiraba el modo de pensar de Ivan. Convocada para mejorar la disciplina eclesiástica, la administración política y todos los asuntos nacionales, incluyó todos sus acuerdos en una colección que lleva el nombre de Libro de los cien capítulos (*Stoglaw*). Desgraciadamente carecemos todavía de un buen estudio crítico de esta colección, en alto grado interesante. No sabemos si la que existe es la original ó una copia de época posterior. De algunos conceptos heréticos del *Stoglaw* ha querido deducirse que el Raskol, despues tan importante, introdujo sus doctrinas en los textos conservados; pero esta deducción no nos parece verosímil, pues la concordancia de los manuscritos precisamente en lo tocante á las doctrinas disidentes es demasiado general para que pueda darse crédito á aquella opinión. Además, el hecho de que el dogma participaba de la turbación general de la conciencia cristiana, se aviene perfectamente con el cuadro general que nos ofrece el estado religioso de la Rusia de aquel tiempo. El rasgo característico que encontramos en todo el *Stoglaw* es que la vida eclesiástica no había pasado impunemente por aquellos trescientos años difíciles durante los cuales el yugo de los tártaros y la política de los grandes duques de Moscou, inspirada únicamente por

motivos terrenales y egoístas, rebajaron profundamente el nivel moral de toda la Rusia.

Ivan inauguró las sesiones de la asamblea, que se celebraron en el Kremlin, con un corto discurso del trono, que pronunció «con ojos brillantes y semblante alegre.» Despues hizo leer una larga confesion de pecados en la que, como había hecho en la primera asamblea, imputaba la culpa de todos los desaciertos de sus anteriores años de reinado á los que habían abusado de él, haciendo notar que todas las calamidades debían en definitiva atribuirse á la cólera de Dios excitada por los pecados de Rusia. Para remediar estos pecados había convocado la asamblea, de la cual sería la culpa, no de él, si no se lograba el objeto apetecido. Presentóse una proposición escrita que contenía una enumeración de todas las cuestiones que se habían tratado en los sínodos de 1547 y 1549 y con motivo de presentarla pronunció el czar un nuevo discurso, en el cual resumía todo cuanto bajo su dirección se había hecho para mejorar el estado de cosas existente: despues de la escena de reconciliación en la plaza de las ejecuciones, había terminado, conforme lo prometió, el Libro de los jueces (*Sudebnik*); en todas las comarcas había instituido para cuidar del orden á los mas ancianos, á los jurados, á los centenarios y á los cincuentenarios (1); habíase también confeccionado el Libro de los estatutos, que con todo lo demás debía ser sometido al exámen de la asamblea. Lo que ésta acordara debía subsistir de generación en generación segun la voluntad de Dios.

Este notable discurso terminaba con las siguientes palabras: «Pedid auxilio al Señor, ayudadnos en todas las necesidades, reflexionad, decidid y confirmad segun las reglas de los Santos Apóstoles y Padres de la Iglesia y segun las antiguas leyes de nuestros mayores. Que la ley y la costumbre de nuestro imperio se basen en Dios bajo vuestra dirección espiritual y manteniendo nuestro poder. Por lo que toca á lo que en años anteriores, desde la muerte de mi padre el gran duque Wassili Ivanowitz, en toda Rusia (2) y hasta nuestros días, ha sido inseguro á causa de la arbitrariedad, del capricho ó del abuso; por lo que hace á las leyes dadas al olvido y á los preceptos de Dios no respetados; los males causados en la administración del país y los mismos errores de nuestra propia alma, de todas estas cosas os habeis de hacer cargo, discutiéndolas y comunicándolas.

»Con consejos y con hechos habeis de estar espiritualmente á nuestro lado, pues queremos en el Señor tener consejo con vosotros y trocar el mal en bien. En cuanto á lo que necesitamos nosotros y á las necesidades del país, ya os daré cuenta de ello. Meditad sobre ello juntos y unidos, ateniéndoos á los santos mandamientos y á los preceptos de los Padres de la Iglesia. Yo y mis boyardos doblamos la cabeza ante vosotros, padres y hermanos nuestros.»

Como se vé, las cuestiones que allí debían resolverse eran religiosas y temporales: para estas últimas la asamblea estaba muy poco preparada y aun cuando se sancionó el Libro de los jueces, no sabemos si en él se introdujeron modificaciones ó complementos, bien que lo probable es que se aprobara sin enmienda. Los miembros laicos de la asamblea estaban al parecer mal organizados ó no lo estaban poco ni mucho, al paso que las disposiciones jerárquicas de la Iglesia mantenían unido al clero como grupo independiente. Así vemos que cuando el czar presentó á la asamblea una serie de cuestiones, las que afectaban puramente á cosas temporales, como la organización de los servidores y la mejor dis-

(1) Esto era simplemente aplicar á la generalidad de la nación las ordenanzas de Nowgorod.

(2) Es extraño que el reinado de su madre Elena sea incluido tácitamente por Ivan en el período de los malos gobiernos.

tribución del territorio feudatario, etc., fueron confiadas á la resolución del czar. La asamblea distó mucho de tener iniciativa legislativa, limitándose á contestar á las preguntas de Ivan, las mas de ellas de tal manera formuladas que fácilmente se traslucía cómo se deseaba que fuesen contestadas. Así es que no encontramos una sola opinión disidente: los males que se expresaban en las preguntas fueron como tales reconocidos y en ulteriores ampliaciones de la asamblea declarados expresamente contrarios á las doctrinas de la Iglesia rusa ortodoxa.

En el cuadro del estado religioso y moral de Rusia, que resulta tal como decimos, hay que tener en cuenta que solo se nos ofrece el lado negativo, no el positivo de la situación; pero por mucho que nos esforcemos en considerarla desde el punto de vista mas optimista, la impresión general es de todo punto triste. Sobre esto dice muy acertadamente un historiador ruso: «Los mayores vicios y las mas negras supersticiones predominaban en la masa popular y el antiguo paganismo acompañaba á la existencia humana desde la cuna hasta el sepulcro (1).» Ciertamente que las formas externas del cristianismo habían pasado á formar parte de la carne y de la sangre del pueblo; pero no solo iban unidas á ellas las prácticas paganas de origen antiguo eslavo y finlandés, que sin rebozo se manifestaban en las grandes fiestas cristianas, como la Natividad, San Juan, Pentecostés y Viernes Santo, sino que también se dejaba en ellas sentir la influencia de los mahometanos tártaros y de los vecinos cristianos del Oeste. Gran confusión existía entre el pueblo en punto á los dogmas fundamentales de la Iglesia griega; y en la práctica de la vida diaria el bautismo, la eucaristía, el matrimonio y el entierro iban acompañados de multitud de absurdas supersticiones en las que tanta parte tenía el clero bajo como el hombre vulgar.

El juramento servía de poco y el beso de la cruz, que era su símbolo, se daba sacrilegamente en la esperanza de contrarrestarlo por medio de hechizos: todo el mundo pronunciaba fórmulas mágicas y entonaba cánticos paganos. «Recorren el país bandas de juglares en número de 70 á 100 que comen en las aldeas con los cristianos, beben y roban víveres de las granjas y asesinan á las personas por las calles. Los hijos de boyardos, los criados de los boyardos y todos los vagos juegan á los dados y se entregan á la bebida sin prestar sus servicios ni ejercer oficio alguno; en cambio, hacen todo lo malo: hurtan, roban y pierden las almas. Por las parroquias y por las aldeas vagan falsos profetas, hombres y mujeres, jóvenes y viejas, desnudos y con el cabello suelto, que tiemblan y se azotan y dicen que el Viernes Santo se les ha aparecido y también Santa Anastasia, que les ha ordenado predicar á los cristianos que mantengan la ley. Predican, además, que ni el miércoles ni el viernes se debe trabajar, ni hilar, ni lavar los vestidos, ni quemar piedras; otros, en cambio, predicán cosas impías contrarias á las Santas Escrituras (2).»

La inmoralidad, segun parece, había llegado á su colmo; los vicios contra la naturaleza transmitidos por los orientales se habían desarrollado terriblemente (3) y la conducta de los monjes rusos no se diferenciaba de la degradación moral del clero de Occidente, mas que por su mayor rudeza y desvergüenza. A esto se agregaban la afición cada vez mas creciente á la bebida y la mala fe general en el comercio, en el servicio y en las profesiones. En las cuestiones formuladas por Ivan

(1) Prefacio al *Stoglaw*.

(2) *Stoglaw*, cap. 40.

(3) *Stoglaw*, cap. 34, da una idea de la gran propagación de la sodomía, hecho del cual hallamos muchas pruebas en otras fuentes. Los castigos para estos delitos, al revés de lo que pasaba en Occidente, eran muy benignos y los tribunales civiles no los penaban. Véase el final del cap. 16.

se reflejan las quejas contra la afición á la bebida: «En todos los conventos los abades, los monjes y los sacerdotes seculares se entregan á la bebida con exceso: cómo pueden castigar á los laicos, si ellos mismos llevan una existencia de crápula? Por amor de Dios, aconsejad medidas suficientes para que los pastores no se pierdan en la bebida y para que nosotros mismos no nos perdamos tolerándolo (4).»

No podemos entrar en pormenores sobre todas estas cosas. Leyendo estos cien capítulos se comprende que el que planteaba tales cuestiones trataba seriamente de exponer sin contemplación alguna y completamente desnudos los males lealmente reconocidos. Es indudable que el que habla en ellos y el que dictó las disposiciones del Libro del derecho conocían perfectamente al pueblo, sus costumbres y su derecho. Las contestaciones de la asamblea atacaban también de cerca aquellos males, y de ello podemos convencernos por la serie de decretos que se publicaron en nombre del metropolitano y del czar, entre los cuales había algunos que de haber sido cumplidos hubieran indudablemente mejorado la vida interior del pueblo. En el capítulo 16 de las contestaciones se dice: «Hemos resuelto en la asamblea por consejo del czar que en la capital Moscou y en todas las ciudades los primeros papas y los sacerdotes mas viejos, con todos los sacerdotes y diáconos, cada cual en su ciudad, y con la bendición de su obispo, elijan buenos sacerdotes y diáconos y honrados diáconos casados en cuyos corazones viva el temor de Dios, que puedan ser útiles á los demás y que sepan leer y escribir. En sus respectivos territorios se fundarán escuelas para que los sacerdotes, los diáconos y todos los cristianos ortodoxos puedan dar en cada ciudad instrucción á sus hijos.» Si no se trata aquí de una enseñanza obligatoria general, por lo menos se procura hacer accesibles los rudimentos de la enseñanza á todos los adultos. Lo primero que con ello se proponía la asamblea era la educación de los sacerdotes, ya que estos con mucha frecuencia carecían de los conocimientos mas elementales.

Contestadas las preguntas del czar y promulgadas las leyes y ordenanzas que eran fruto de aquellos debates, hacíase preciso continuar con paciencia y con energía trabajando para el objeto propuesto; pero segun resulta de los posteriores tiempos, nada de esto se hizo. El *Sudebnik* y el *Stoglaw* no pasaron de simples tentativas y aunque fueron promulgados para servir de regla de conducta, es lo cierto que solo durante los primeros años se hicieron esfuerzos para que sus preceptos fuesen cumplidos. Las cualidades particulares de la nación, hijas de una historia que se contaba por siglos, no podían ser fácilmente destruidas. Entonces como antes subsistieron la mala fe de los funcionarios, la ignorancia del clero, la superstición, la intemperancia y la inmoralidad de la plebe y sobre todo el servilismo de la población, acostumbrada á practicar una sola virtud, la obediencia á los que tenían el poder en sus manos.

Bastará para nuestro objeto dedicar breves palabras á los ulteriores planes de reforma que trazaron durante aquellos años los gobernantes moscovitas. La contienda por cuestiones de jerarquía entre los boyardos, que se suscitaba especialmente en tiempo de guerra, porque nadie quería servir á un general en jefe si sus antepasados no habían ocupado un empleo y una posición superiores á las de los antepasados de los que á la sazón debían estar á sus órdenes, quedó si no definitivamente resuelta, por lo menos limitada (5). En lo sucesivo se dispuso que los nobles recibieran territorios en proporción á los servicios prestados y á los deberes contrai-

(4) *Stoglaw*, cap. 40, § 18; véanse también § 20 y 23, etc.

(5) Documentos históricos, tomo I, pág. 154.



dos; prohibi6se la venta de los bienes hereditarios de los conventos y de las iglesias y la construccion de nuevos templos supérfluos, y finalmente se procuró atraer al imperio á un gran número de extranjeros industriales, artistas, técnicos y eruditos. Todo esto se emprendió, pero no se llevó á com-

pleta ejecucion, en primer lugar porque muy pronto se vió que la influencia de Silvestre y de Adascheff, inspiradores de estos planes bien concebidos, no era tan sólida ni tan duradera como ellos habian esperado.

La tension moral en que constantemente se tenia á Ivan



Armadura tártara, existente en la actualidad en el Museo de Tzarskoe-Selo (vista por delante y por detrás).

era bastante fuerte para que aparentemente y por largo tiempo se elevara sobre sí mismo, pero no lo suficiente para producir en él un cambio esencial. Los lazos que le tenian sujeto iban aflojándose de día en día y cuando él los rompió de repente, todos los malos impulsos hasta entonces contenidos, se desencadenaron con tal violencia que le mostraron tal cual siempre habia sido, es decir, como el mas perverso tirano que se habia sentado nunca en un trono.

Este cambio fué preparado por la participacion que contra su voluntad tomó Ivan en las tan ensalzadas conquistas realizadas por Moscou á costa de los tártaros. Uno de los

primeros indicios de la influencia que sobre Ivan ejerció Silvestre fué la resolucion adoptada por el jóven czar á fines de 1547 de marchar personalmente contra Kasan al frente del ejército, empresa que entonces fracasó por haberse presentado repentinamente el deshielo. Despues, la muerte de Sapha Girei, acaecida en marzo de 1549, hizo que se pensara seriamente en la destruccion definitiva del poderío de Kasan. Los moscovitas, aprovechándose hábilmente de los desórdenes interiores que en este reino imperaban, lograron llevar prisionero á Moscou al hijo y sucesor de Sapha, sentando en su lugar en el trono de Kasan á Schig-Alei, adicto y depen-

diente de Rusia. Este, que tenia la mision, imposible de cumplir, de conciliar los intereses rusos con los de Kasan, no pudo sostenerse en oposicion á los unos y á los otros, así es que ya á principios de 1552 regresó con sus partidarios al territorio ruso, mientras en Kasan el sentimiento religioso y nacional se levantaba contra Moscou. Los vaivodas rusos que se dirigieron allí acompañando á un nuevo príncipe instituido en Moscou, encontraron cerradas las puertas de la ciudad, llegando muy pronto la noticia de que así los tártaros nogais como los de Astrakan y de Crimea estaban decididos á defender con todas sus fuerzas la independencia de la avanzada mas septentrional del islamismo.

Entonces el gobierno de Moscou, contra todas las tradiciones de la política moscovita, exigió de Ivan que al frente de su ejército atacara á Kasan, pues los grandes duques de Moscou nunca habian sido aficionados á tomar parte en las guerras en campo abierto. Dmitri Donskoi, que es una verdadera excepcion en la serie de aquellos soberanos, fué el último que intervino personalmente en una batalla. El czar Ivan hubiera preferido quedarse en Moscou, pero todavía no era bastante fuerte para resistirse á la preponderancia moral de sus consejeros. No sin grandes vacilaciones se decidió, pues, á obedecer: el día 3 de julio salió de Kolomna, despues de haber sus vaivodas rechazado el ataque de los de Crimea y devastado los alrededores de Kasan. Encontrándose en Murom, llevóle un mensajero una carta que para infundirle ánimo habia creído necesario enviarle el metropolitano Macario (1).

De esta carta, en la que se citan todos los héroes guerreros del Antiguo Testamento para demostrar que la victoria no podia faltar al inspirado de un verdadero temor de Dios, se desprende que el ejército ruso constaba de 300,000 hombres, número inaudito si lo comparamos con los contingentes que en aquel tiempo tomaban parte en las batallas de Occidente. La guarnicion de Kasan se componia de 30,000 hombres.

El sitio de la ciudad, en el cual se distinguió sobremanera el primo de Ivan, Wladimiro Andrejewitz, duró desde el 20 de agosto al 2 de octubre y se decidió por el hecho de haber podido lograr los sitiadores cortar las aguas de la ciudad. Sitiadores y sitiados estaban convencidos de que luchaban por su fe; así es que cuando los rusos daban un asalto gritando: «¡Dios está con nosotros!» los kasanes contestaban: «¡Mahoma! ¡muramos por nuestra patria!» El asalto mas terrible fué el que duró desde el 30 de setiembre al 2 de octubre, durante el cual, Ivan se mantuvo tan apartado como pudo del lugar del combate, buscando consuelo en la iglesia de campaña mientras la accion iba mas reñida. Su ausencia, sin embargo, causó tal extrañeza, que se le envió un mensajero para que se pusiera al frente de las tropas: Ivan contestó que esperaba la terminacion del oficio divino. Un segundo mensajero le encontró llorando y rezando, pero como el oficio habia terminado no pudo encontrar ningun nuevo pretexto para permanecer retirado, á pesar de lo cual volvió á besar la imágen del taumaturgo, bebió agua bendita, se hizo dar la comunión y bendecir por los sacerdotes, á quienes suplicó que rezaran por él entretanto, y de muy mala gana montó á caballo y marchó á reunirse con su regimiento de la guardia (2).

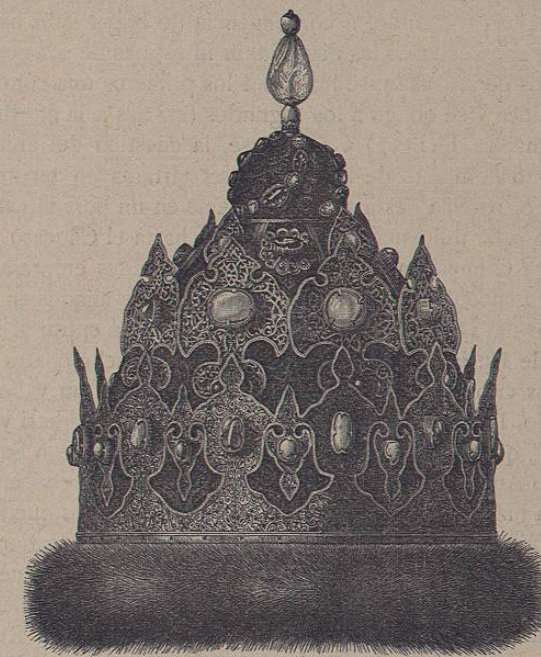
Por fortuna el peligro habia ya pasado, pues llegó en el momento preciso en que le anunciaron que la conquista de Kasan estaba consumada. El czar dió orden de que no se

(1) *Docum. hist.*, tomo I, págs. 287-290. Carta al ejército de 25 de mayo. N. 160, al czar, de 13 de julio. La contestacion de Ivan de 20 de julio.

(2) «Tomóse por las riendas al caballo del czar, que no lo queria de ningun modo, y se le colocó al lado de la bandera.» Kurbsky, 39.

concediese cuartel á nadie, y así se hizo, siendo asesinados todos los hombres armados; solo las mujeres y los niños fueron hechos prisioneros.

Esta campaña de Kasan, que produjo el inmenso beneficio de destruir definitivamente aquella guarida de bandoleros tártaros, tuvo para el desenvolvimiento interior de Rusia la funesta consecuencia de que Ivan, en medio del júbilo de la victoria con que fué recibido y á pesar de la gloria que conquistó, no pudo olvidar que le habian llevado por fuerza á un heroísmo de todo punto contrario á sus sentimientos. Despues se quejó amargamente de haber sido embarcado contra su voluntad como un prisionero y llevado al país de sus enemigos los no cristianos. Refiérese tambien otra frase



Corona rusa de Kasan.

importante pronunciada en aquellos dias por Ivan: á un vaivoda que habia excitado su cólera le dijo: «Ahora ya no os temo,» lo cual indica que comprendia que su poderío personal habia aumentado mucho desde que ya no eran temibles los vecinos del Este, antes siempre dispuestos á invadir el territorio ruso.

Por el momento, no prevaleció mas impresion que la del triunfo alcanzado. Al regresar á Moscou recibió Ivan la grata noticia del nacimiento de su primer hijo, Dmitri, saludándole en todas partes el pueblo con grandes muestras de júbilo: «¡Viva muchos años el czar, el vencedor de los bárbaros y libertador de la cristiandad!» El metropolitano salió á recibirle en solemne procesion y en el discurso con que Ivan contestó al del jefe supremo de la iglesia rusa reflejábanse todavía las ideas que Silvestre y Adascheff habian sembrado en su alma. Ivan, su primo Wladimiro Andrejewitz, los boyardos y todo el ejército inclinándose profundamente delante del metropolitano, debian formar un cuadro muy particular. «Doblo la cabeza ante vos,—dijo el czar,—porque habeis rogado á Dios por nuestros pecados y por el restablecimiento del orden en el país, para que Él, con vuestra santa plegaria, nos enviara su gracia... nos pusiera en el camino de la redencion, nos protegiera contra los enemigos invisibles y nos diera, segun su santa voluntad, la ciudad de Kasan, á fin de que fuese allí santificado su nombre, fortalecida la verdadera fe y llevados á Él los infieles...» El metropolitano contestó con un ampuloso discurso, en el cual comparaba á